

JJ BENÍTEZ

EN
BLANCA
Y
NEGRO

Diario de una experiencia extrema

EN BLANCA Y NEGRO

Diario de una experiencia

extrema

J. J. Benítez



Hoy, 7 de junio de 2021, he decidido escribir *En Blanca y negro*. Han transcurrido cuatro meses eternos desde el fallecimiento de Blanca, mi esposa y confidente.

Fueron nueve meses sin fin: dolorosos, angustiosos y también cargados de esperanza. He dudado, y mucho, a la hora de transcribir este diario. ¿Debía sacar a la luz momentos tan íntimos? La «voz» que me habita fue clara desde el primer instante: «Con este diario puedes aportar algo de luz a quien atraviese un desierto como el tuyo».

Ése ha sido mi objetivo al redactar estas penosas líneas. No otro.

P. D.: Esta experiencia extrema ha sido redactada en base a las notas tomadas —día a día— en dos cuadernos de campo.

1 “VEN”

Aquel 22 de abril del año 2020 fue miércoles. Uno de los días más negros de mi agitada historia. En *La gran catástrofe amarilla* (páginas 270, 277 y 278) se publicó lo siguiente:

«... Blanca ha pasado una mala noche. Decide acudir de nuevo al hospital. Esta vez se presentará en un centro más importante: la clínica Quirón, en Lejona (Vizcaya, España). Me brindo a ir con ella. Se niega:

—Debes trabajar —recomienda con razón—. Alguien tiene que pagar las facturas... Será pura rutina.

Leire, su hija mayor, la acompañará. Y yo, como un perfecto idiota, acepto.»

«18 horas.

De pronto, suena el teléfono. Es Blanca. La voz aparece apagada; casi imperceptible.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—El médico —susurra— quiere hablar contigo... Ven.

—Pero ¿qué sucede? —insisto.

La mujer se echa a llorar.

—¿Qué pasa?

Finalmente, haciendo un esfuerzo, Blanca suplica:

—Ven...

Me visto precipitadamente y vuelo a la clínica. El médico —delante de Blanca— explica con claridad:

—Hemos detectado tumores malignos en la vía biliar y en el peritoneo (bolsa que protege las vísceras).

Dibuja el cáncer. Me siento desarmado (como si me hubieran arrancado el alma). No acierto a pronunciar palabra. Blanca llora en silencio. Y el médico prosigue:

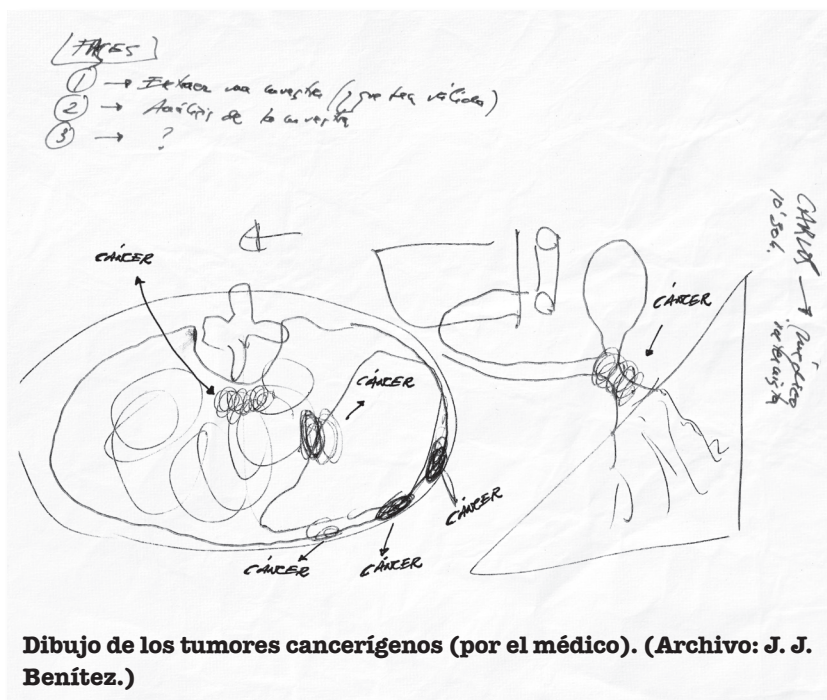
—Está muy diseminado...

Al parecer, no le gusta la palabra *metástasis*. ¡Cáncer!

Blanca queda hospitalizada. Ahora entiendo los consejos del Padre Azul durante el crucero...¹»

Habitación 106. La acompaño hasta las 20 horas. Blanca está pálida. Me suplica con la mirada, pero no sé qué hacer ni qué decir. Han sido momentos de plomo, con esa maldita palabra revoloteando en las mentes: ¡cáncer! Y me pregunto una y otra vez: «¿Por qué a nosotros? Blanca era vida, optimismo y pura energía. ¿Qué nos ha pasado?». No encuentro respuestas

1. Amplia información en *La gran catástrofe amarilla* (2020). (N. del a.)



Dibujo de los tumores cancerígenos (por el médico). (Archivo: J. J. Benítez.)

ni consuelo. Aprieto sus manos y peleo para que las lágrimas no me traicionen. El sol huye por detrás de los bosques. ¡Cobarde!

Blanca me obliga a regresar a casa. No quiero, pero se pone seria.

—Estoy bien cuidada —replica con un hilo de voz—. Tráeme ropa...

Cedo y me voy. Error.

Por el camino me insulto. No me gusta dejarla sola y, mucho menos, rodeada de ideas tan agresivas y hambrientas. ¿Cuándo aprenderé a escuchar a la bella intuición?

No sé cocinar. Compró un bocadillo y tomo una cerveza. Tengo el cáliz del alma reseco.

La llamo a las diez de la noche. Tiene miedo. Me doy puñetazos en la mente.

P. D.: Me refugio en la kábala. El «106» (número de la habitación) equivale a «investigación». Los médicos han dicho que ahora convie-

ne buscar e investigar. Me quedo relativamente tranquilo. El Padre Azul sabe lo que está pasando.

2

“SÉ AMABLE”

23 de abril, jueves

Casi no he dormido. Llamo a las nueve de la mañana. Han empezado las pruebas. Leire está con Blanca.

Escribo hasta las doce, pero no sé lo que escribo. La mente va y viene, de casa a la clínica. No doy pie con bola.

Nueva llamada a Quirón. Blanca dice que mañana le harán una punción en el vientre. Acudo a la clínica y converso con los médicos. Aseguran que hay varios tumores. Probablemente malignos. «Otra opción —dicen— sería operar.»

Me siento prisionero. ¿Debo ser yo quien decida?

Y recuerdo de nuevo aquellos susurros en el barco, en la fallida vuelta al mundo: «Sé amable con ella... Sé paciente y amoroso», insistía la «voz» que habita en mi mente. El Padre Azul —la «chispa divina»— sabía de qué hablaba. Ahora lo comprendo. Pero ¿es demasiado tarde?

La veo ligeramente más animada. Hace un esfuerzo por sonreír. Sé que le cuesta. Los dolores se han presentado sin avisar. Y me pregunto, una vez más: «¿Por qué el buen Dios no pensó en dolores que provoquen risas?».

Le cuento que están echando el hormigón en la primera planta de Lehaim, la nueva casa. La planeamos hace meses. Se levanta frente al Cantábrico (aunque hace mucho que ese mar y este pecador no nos dirigimos la palabra). Me escucha, supuestamente interesada. Los dolores van a lo suyo y muerden.

Regreso a la casa, corrijo lo escrito, saco la basura y vuelvo a la clínica.

Nos quedamos solos. La beso dulcemente y solicito ánimo:
—¡Venceremos! —le digo.

Cierra los ojos y asiente con la cabeza. Pero las lágrimas dicen otra cosa...

El sofá es duro y maleado por la vida. No pego ojo. Sólo pienso y pienso: «¿Operar?... ¿Quimioterapia?... ¿Cuánto puede resistir?... ¿Qué haré yo sin ella?... ¡Soy un inútil!».

P. D.: Esto no me gusta.

3

TRES POSIBILIDADES

24 de abril, viernes

Blanca tampoco ha podido descansar. Las ideas llegan a decenas y la mantienen perpleja. Tiene razón: faltan tres meses para que cumpla sesenta y seis años. Es relativamente joven. Su cabeza hierve. ¡Tenemos tantos proyectos!...

A las diez se la llevan para la punción. El vientre sigue aparatosamente hinchado, como si estuviera embarazada de ocho meses. Aprieto su mano y la animo con la mirada. «Esto pasará», comento con escaso convencimiento.

Espero comiéndome el paisaje. Y en eso llega Carlos, un médico internista. Aprovecho la soledad de la habitación y ruego que me diga la verdad. Vuelve a tomar papel y lápiz y dibuja los cánceres por segunda vez. Deduzco que están muy extendidos y profundos. Se han refugiado en el vientre. A Carlos no le gusta la palabra *metástasis*. Dice que los tumores están diseminados.

—Lo importante —explica— es que la muestra obtenida en la punción sea correcta.

Y asegura que la buena noticia es que, en esos momentos, hay una endocrinóloga en el hospital. Yo alucino...

—Después del análisis de la muestra —prosigue— se tomará una decisión.

A las once bajan a Blanca a la 106. Han practicado cuatro tomas. Todas buenas, dicen.

Carlos, el internista, regresa y hablamos. Mañana la mandarán a casa. Los resultados de la punción llegarán dentro de unos días.

Evalúo la situación y deduzco que estamos ante tres posibilidades:

1. Operar. Los tumores podrían estar más extendidos de lo que imaginamos. Muerte.
2. Operar y limpiar.
3. Operar, pero que sólo queden uno o dos años de vida.

Guardo silencio. Ella no debe conocer estas reflexiones.

Leo la prensa y sigo alucinando: el tonto de Trump propone inyectar luz o lejía para superar el coronavirus.

P. D.: Estoy olvidando algo importante: todo depende de su «contrato».

4

¡MALDITO MÉDICO!

25 de abril (2020), sábado

Escribo algo, con desgana. La idea del cáncer en el vientre de Blanca nos está devorando a todos. Es un proceso lento y de hierro.

A las doce acudo al súper. La despensa se ha quedado vacía. En eso llama Blanca. Los médicos de Quirón le han recomendado consultar una segunda opinión. Y han sugerido la Clínica de la Universidad de Navarra. «Son los mejores», asegura Blanca. Digo que sí. En realidad digo que sí a todo. No sé qué me pasa...

Al volver a casa llamo a mi hijo Iván, el periodista. Trabaja en el *Diario de Navarra*. Tiene contactos. Promete resolver la cita.

Poco después —13:30 horas— llegan a casa Blanca y Leire. La hija me toma aparte y comenta algo que me derriba:

—Uno de los médicos de Quirón me ha comunicado que le quedan dos años de vida...

—¿Qué dices?

Leire se echa a llorar y confirma el pronóstico:

—Dos años...

—¡Maldito médico! ¿Cómo se puede ser tan analfabestia?

Leire no sabe... Afortunadamente, la madre no se ha enterado.

A las 14 horas telefonea Iván. Nos han dado cita en Pamplona para el 27 de abril, lunes, a las 13 horas. Buen trabajo.

Blanca decide acostarse. El vientre duele. No le da respiro. Le han recetado una medicación contra el dolor, pero no hace efecto. Me desespero. Llamo a Quirón. Es sábado. No encuentran a nadie. Los médicos han desaparecido. El de urgencias escapa por los cerros de Úbeda.

Me siento en la cama, a su lado, tomo sus manos y las aprieto en silencio. E intento que el dolor me mire y la deje en paz. Es inútil. Los lamentos llenan la casa y el cáliz de mi alma.

P. D.: En la clase médica, como en el resto de las profesiones, hay gente maravillosa y equivocada.

5

VEO FLORECER LA ESPERANZA

26 de abril, domingo

He pasado el día escribiendo y a su lado. El dolor remite a ratos. Pero vuelve como un caimán rabioso. Y muerde a Blanca sin piedad. Está pálida y ojerosa.

Me levanto cada poco y paseo junto a la ventana. La esperanza saluda desde lejos, por encima de la mar. Tiene un vestido rosa y verde. Está floreciendo. Y parece que me tranquiliza: «Todo saldrá conforme a lo acordado». Y me pregunto: «¿Qué es lo acordado?».

Blanca no sabe contener el llanto.

—Hace poco —lamenta— navegábamos felices en un barco... ¿Qué ha pasado?

Guardo silencio. No sé qué responder. Mejor dicho, sí sé, pero no debo hablar. Puede que ese cáncer estuviera contemplado en su «contrato» mucho antes de nacer. Ella me ha oído hablar de la llamada «ley del contrato». Sabe a qué me refiero, pero decido guardar silencio y esperar. Al regresar a su lado, en la cama, comento que he visto florecer a la esperanza... A Blanca se le ilumina el rostro. ¡Bien!

P. D.: ¡Qué fácil es hacer moderadamente feliz a una persona!

6

LA ENFERMEDAD

27 de abril, lunes

Viaje a Pamplona. Blanca se acomoda como puede en el 4×4. Los cojines no son suficientes. El dolor la dobla, pero la mujer resiste en silencio. ¡Es admirable!

Llego a Berriozar a las doce de la mañana. Mi hijo Iván me guía hasta el aparcamiento de la Clínica de la Universidad de Navarra. Es la primera vez que entramos en este centro; uno de los mejores de Europa, según dicen. Me abruman los hospitales, pero resisto. Lo hago por ella. Se lo merece. Blanca Larrea, de coordinación, la recibe, toma notas, pregunta, mide a Blanca y la pesa. Veo crucifijos de metal en las salas de los despachos. No debo olvidar que esta clínica pertenece al Opus Dei (la Obra de Dios). Y me digo: «Compórtate... No robes nada».

Nos recibe un doctor llamado Bon. Es calvo, serio y con cara de niño. Será el responsable del tratamiento a Blanca. Lo desnudo por dentro. Parece competente.

Todo depende de los análisis que se lleven a cabo, pero, en principio, Bon descarta la cirugía.

—La trataremos —dice— con quimio.

La explora. El vientre sigue muy hinchado. La vuelven a pinchar cerca del ombligo y le extraen líquido.

Nadie hace un solo comentario.

A las 17 horas abandonamos la clínica con unas gotas —muy pocas— de esperanza. Algo es algo.

Antes de salir solicitan —amablemente— que abonemos la factura: ¡600 euros! No me lo puedo creer. Un pobre no podría recibir tratamiento en el Opus. ¡Y eso que es la «Obra de Dios»...!

A las 19 horas llegamos a casa. Por el camino hemos visto un «I O I» y un bellissimo arco iris. Blanca y este pecador sabemos qué simbolizan: «Tranquilos... Todo está bien». Me entran dudas...

Comentamos las escasas palabras del doctor Bon:

—Esta enfermedad es rara...

A Bon no le gusta la palabra cáncer y utiliza *enfermedad*. ¡Qué ridiculez!

—Haremos un estudio genético —resumió el médico de Pamplona.

Somos escépticos; sobre todo Blanca.

P. D.: La Guardia Civil nos ha parado. Enseñamos el salvoconducto de la Clínica de la Universidad de Navarra y el agente mira a Blanca con piedad.

7 UN AÑO

28 de abril, martes

Hay que esperar las resoluciones de Pamplona. Blanca sigue asustada. El vientre está muy hinchado. Acude con Leire al centro de salud de Citolino para el asunto de las recetas. Uno de los médicos —débil mental, por supuesto— lee el diagnóstico de Pamplona y arroja a la cara de Blanca la siguiente sentencia:

—Para este tipo de cáncer no sirve la quimio... Usted puede durar un año. Mejor será que vaya organizándose.

Quise acudir al centro de salud y agarrar al rufián por las pelotas. Blanca me obligó a permanecer en casa, a su lado.

Llaman de Pamplona. El resultado de las biopsias llegará el día 8 de junio. Hasta entonces no se puede hacer nada.

Blanca llora desconsoladamente. Los dolores llegan en oleadas. La medicación es agua de borrajas. Solicité morfina, pero el Opus dice que no.

Por la tarde, se presentan en la casa Leire y una de las gemelas. Blanca abre los armarios y les entrega ropa, zapatos y sombreros. Se lo llevan todo.

P. D.: ¡Qué enorme tristeza! Blanca es consciente de la proximidad de la muerte y decide desprenderse de su querida ropa. Y yo, ¿qué puedo hacer, salvo llorar?

8

HACEMOS CUENTAS

29 de abril, miércoles

Blanca es valiente y afronta las palabras del médico rufián. Pide que me siente a su lado, en la cama, y pregunta:

—¿Y si ese doctor tuviera razón?... Debemos estar preparados.

Protesto y le digo que eso no va a pasar. Miento como un maestro. Pero Blanca me obliga a buscar el testamento. Lo repasamos y hacemos cuentas. ¿Qué dinero hay en los bancos? No mucho... Lehaim está en plena construcción. ¿Cómo la pagaremos?

El dolor se multiplica ante lo precario de nuestra situación. Los libros —aunque la gente no lo crea— no dan para mucho.

Trato de desviar la angustia. Echo mano de los recuerdos del último crucero y consigo que sonría. Llueve mansamente. En mi corazón llueve torrencialmente.

Hay que proceder a clasificar en el ordenador los miles de fotos que Blanca y este pecador hemos hecho en la referida vuelta al mundo. Blanca trata de ponerse en pie y acudir a la computadora. No lo consigue. Está débil y los dolores la amarran a la cama. Salgo de la habitación e intento llorar. Imposible. Estoy seco.

P. D.: Me lo repitió la «chispa» durante el crucero: «¡Cuídala!».

9

ACELERA LEHAIM

30 de abril, jueves

Me dejo llevar por la bella intuición... Llamo a escondidas al arquitecto que ha llevado a cabo el proyecto de construcción de Lehaim, la nueva casa. Y solicito que acelere la obra. Eduardo Goy comprende la situación y dice que sí.

Esto es más duro de lo que imaginaba. Pero ¿cuándo imaginé algo así? ¿Cuándo imaginé que Blanca sería asaltada por un cáncer? Nunca... Blanca era todo vitalidad, todo amor y todo luz. Lo lógico es que este pecador se hubiera ido antes. Pero los designios del buen Dios son inescrutables...

Una tos rebelde e inoportuna me habita desde hace unos días. Me niego a ir a urgencias. Si me ingresan sería el colmo...

10

“LA CAÍDA DE LA PAREJA”

1 de mayo, viernes

No sé por qué, esta mañana cuento las páginas en blanco del cuaderno de campo en el que anoto las incidencias de cada jor-

nada. En la portada aparece una pegatina amarilla con el dibujo de un kiwi, una de las aves típicas de Nueva Zelanda. Quedan veintidós páginas en blanco. Y pienso: «¿Es lo que resta de vida?». Reacciono y utilizo la espada de la lógica: «¡Qué estupidez!... Otra paranoia». Pero «algo» tira de este pecador y acudo a la kábala. Ante mi sorpresa, el número «22» equivale a «caída, fracaso, perder, destruir, doler, apenar, golpe y pareja». La lectura es inevitable: «La caída de la pareja». La impresión me inmoviliza. ¿Quiere decir esta «lectura» que la pareja será destruida cuando termine las veintidós páginas en blanco? Me niego a aceptar una cosa así.

Siguen las visitas de las hijas de Blanca. Se llevan la ropa en bolsas. Esto no me gusta.

Blanca se sienta en un rincón y observa el saqueo. Está tan asustada que guarda silencio.

Blanca llama al doctor Bon. No se sabe nada de las biopsias. Los minutos nos encarcelan.

11

“¡CÚRAME!”

2 de mayo, sábado

Llegan las galeradas de *Mis «primos»*. Dedico parte de la mañana a corregir. De vez en cuando me asomo al dormitorio y la contemplo. Duerme lo que puede. ¡Dios bendito! Casi no la reconozco. Ha envejecido mil años. Parece un esqueleto. Se está deteriorando por días. Era una mujer preciosa...

Tengo que pincharle en la tripa para evitar trombos. Es un esfuerzo añadido. Casi me desmayo.

Despierta y le pregunto:

—¿Qué quieres para tu cumpleaños?

El 30 de agosto cumplirá sesenta y seis. Me mira y suplica:

—¡Cúrame!... Ya lo hiciste una vez.

Sí, eso fue hace mucho. Le detectaron un tumor en los ovarios y rogué al Padre Azul que la limpiara. Y le dije: «Hazlo para tu mayor gloria». Y lo hizo: la curó. Los médicos de Cádiz (donde vivíamos) no supieron qué había pasado. Blanca y yo sí lo supimos.

Me voy al jardín y hablo con la «chispa» que me habita:

—Por favor, límpiala... Para tu mayor gloria.

Enciendo una vela en mi despacho y prometo que, a cambio, no volveré a mirar a las mujeres.

P. D.: No me lo creo ni yo...

12

PIERDE PESO

3 de mayo, domingo

La miro y no puedo creerlo. Se está quedando en los huesos. La acompaño al baño. Es como esas criaturas de Biafra que mostraba la televisión. Hoy pesa 64,800. Los días anteriores pesó 65,600 (1 de mayo) y 65,300 (2 de mayo). Pierde a razón de 300 o 500 gramos al día.

A las 12:30 llegan Leire y la Frasquita (una de las gemelas). Han comprado dos orquídeas. Es el Día de la Madre. Blanca acaricia las flores con la mirada y las orquídeas se ruborizan en azul.

Llama Iván y se interesa por el estado de Blanca. Le digo la verdad: se está apagando.

—Y tú, ¿cómo estás?

No sé responder a la pregunta de mi hijo. Siento un enorme peso sobre la mente. Jamás me había ocurrido. Doña Depresión me ha mirado un par de veces. He huido.

Me refugio en la corrección de *Mis «primos»*. Hago 30 minutos de bicicleta estática y, sobre todo, pienso: «Si Blanca se ve

impedida habrá que contratar a alguien...». ¡Qué tontería! Al llegar a Cantabria, hace seis años, Blanca contrató a Leire para que la ayudara en todo: viajes, compras, etc. A cambio está recibiendo un sueldo.

P. D.: Si yo fuera la hija, lo haría gratis...

13

“¡POR FAVOR!”

4 de mayo, lunes

Me despierto a las siete. Desayuno algo y subo al despacho. Blanca duerme. Parece tranquila. Los dolores juegan en el jardín. Sé que regresarán. Llevo horas obsesionado con el maldito contrato que le hicimos a Leire. Lo encuentro, lo examino y me desmoralizo. ¡Lleva seis años cobrando! Debo serenarme. Blanca lo quiso y ambos lo aceptamos. «¡Pero no es justo! —me digo—. ¡Esta tía es una jeta!»

A las diez de la mañana, al terminar de corregir, me dirijo al retrato al carbón de Jesús de Nazaret (que siempre me acompaña) y repito la súplica que le hice al Padre Azul: «Por favor, límpiala». Se lo pido como algo personal: de socio a socio.

Los dolores en el vientre se extienden a la espalda; sobre todo a la cintura. La pobre se revuelve en la cama y solicita morfina.

—Al Opus —replico entre dientes— no le agrada la morfina. Será porque san Josemaría pedía penitencia...

Blanca me mira sin comprender: piensa que se trata de una broma. Nada de eso. Lo he dicho en serio.

Una de las veces, al regresar al dormitorio, me armo de valor y le pregunto:

—¿Quieres que hablemos de la muerte?

Me observa, aterrorizada, y dice que no con la cabeza.

—Pero tú sabes que yo sé...

Vuelve a negar y derrama un par de lágrimas. Mensaje recibido. Está más asustada de lo que suponía.

P. D.: Blanca —está claro— no quiere morir...

14

“ENCHUFADA”

5 de mayo, martes

Buena noticia. Las biopsias procedentes de Barcelona acaban de llegar a la clínica Quirón. Nos movilizamos. Blanca recoge los cristales de Anatomía Patológica y aprovechamos para conversar con los médicos. El plan es el siguiente: iniciar la quimioterapia cuanto antes. Eso quiere decir que Blanca permanecería «enchufada» a las máquinas durante ocho horas.

El instinto me dice que no. Prefiero la alternativa de la Universidad de Navarra. El doctor Bon habló de «pastillas personalizadas» (que no sé muy bien qué son).

Blanca y este pecador estamos de acuerdo. Rechazamos el plan de Quirón.

A las 17 horas pasamos por la casa nueva. Lehaim va como un tiro. El arquitecto está cumpliendo.

Llega una caja con regalos de Enma y Juanfran, compañeros en los dos últimos grandes cruceros alrededor del mundo. Entre otras delicadezas aparece una botella de Cardhu, un güisqui escocés de quince años. ¡Son un encanto!

P. D.: Prometo solemnemente que no abriré la botella de güisqui hasta que Blanca esté curada.